

EL RESCATE DE WALTER GRACHOV



Escrito por:
Gabriel Manríquez



© 2026 Gabriel Manríquez. Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de derechos de autor. Queda prohibida su reproducción, distribución, adaptación o utilización, total o parcial, por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del autor.

INCIDENTE N° 422

Irene Ferreira se despertó con un sonido ligero, apenas perceptible. Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, preguntándose si aquel crujido distante había sido real o parte de un sueño.

Cuando niña podía dormir toda la noche de un tirón, a pesar de las peleas y gritos de sus hermanos en la pieza de al lado. Su madre solía decir que tenía el sueño pesado, que no se despertaba ni aunque un camión le pasara por encima.

Sonrió al recordarlo y se acomodó boca arriba. Corrió la sábana y sacó los pies hacia afuera. Las ventanas estaban abiertas, pero el aire no se movía; apenas se filtraba por el mosquitero. El calor resultaba sofocante, incluso para alguien acostumbrada a los veranos del norte de Brasil.

Ahora sus hermanos criaban a sus propios niños llorones, y aunque los visitaba de vez en cuando, el contacto se había vuelto cada vez más lejano. La distancia tenía mucho que ver. Hace tiempo que se había mudado a un departamento en el centro de la ciudad, a unas siete horas por la carretera central. Siempre había querido vivir allí, rodeada de luces y fiestas, hasta que descubrió que para mantenerse necesitaba dinero, y eso significaba levantarse temprano, viajar en hora punta y cumplir horarios de oficina. Todo aquello le había robado, con el tiempo, algo más que el sueño.

Decidió regresar a la casa de sus padres por una temporada. El lugar le resultaba confortable, a pesar de que ellos estaban de viaje. La casa, por primera vez en mucho tiempo, la sentía completamente suya. La tranquilidad era absoluta y ofrecía un respiro: un espacio para ordenar las ideas y comenzar a recuperar el control de su vida. Pero algunas noches resultaban largas y conciliar el sueño se había vuelto una tarea difícil.

La propiedad se encontraba al final de un camino vecinal que la lluvia solía convertir en un lodazal intransitable. Los vecinos más cercanos eran los dueños de una plantación de caña, a dos kilómetros de distancia.

Entonces volvió a oírlo. Ese sonido leve.

Abrió los ojos. Pensó en la tormenta del día anterior, en la madera antigua de la casa, en los ruidos habituales que aparecían cuando el clima cambiaba de golpe. Se obligó a relajarse y a dejar que el cuerpo retomara el peso del colchón.

El sonido se repitió, esta vez con una cadencia distinta. No fue un golpe ni un estallido. Fue un chasquido pequeño, imperfecto.

La habitación permanecía en penumbras. El reloj de la mesa de noche señalaba las 03:17 de la madrugada. Se apoyó en el codo y agudizó el oído, intentando reconocer aquel ruido molesto, encontrarle una explicación doméstica, inofensiva. La madera podía crujir. Las cañerías podían moverse. Incluso algún animal pequeño podía haberse colado entre los muros viejos.

Pero aquello no sonaba a eso. Aquello era... diferente.

Dejó escapar un suspiro, aferrándose a la idea de que la estructura simplemente se acomodaba, de que su mente exageraba un resonar insignificante. El insomnio tenía esa capacidad: inflar lo trivial hasta convertirlo en amenaza. Se convenció de que en unos segundos el silencio volvería. Se dejó caer en la almohada, se refregó los ojos y bostezó.

El sueño comenzó a envolverla otra vez.

De pronto, un estrépito ensordecedor rasgó el silencio. Un rugido que su cerebro identificó de inmediato con platos estrellándose contra el suelo del primer piso.

Su corazón dio un salto violento, desacompasado. Se sentó en la cama y se llevó una mano al pecho, con la certeza brutal de que aquel estruendo no pertenecía a ningún sueño. Era real. Tan real como el temblor que comenzaba a sentir en las muñecas.

A su alrededor, todo permanecía en su desorden habitual.

El sobresalto le afiló los sentidos. Ahora podía identificar los chasquidos con claridad. Pasos. Eran pasos. Lentos, irregulares, arrastrándose sobre los cristales rotos. Permaneció quieta, escuchando cómo ahora comenzaban a subir por la escalera, peldaño a peldaño.

Buscó su celular bajo la almohada. La pantalla iluminó la habitación por un instante antes de que pudiera apagarla. Bajó de la cama apoyando primero la punta de los pies, conteniendo la respiración para evitar que las tablas rechinaran. El armario estaba entreabierto; recordó haberlo dejado así antes de irse a la cama. Esa pequeña normalidad la tranquilizó apenas lo suficiente como para moverse.

Se metió dentro y juntó la puerta hasta dejar una pequeña rendija. El aire era denso, cargado con olor a ropa guardada y madera vieja. Se sentó en el suelo, abrazándose las rodillas, tratando de regular la respiración. Alzó la mano entre los abrigos y marcó el número de emergencias con los dedos temblorosos.

El teléfono timbró cuatro veces en su oído.

—Policía federal, buenas noches. ¿En qué le podemos ayudar?

La voz al otro lado de la línea era firme, profesional. Demasiado normal para lo que estaba ocurriendo.

—Por favor... ayúdenme —susurró Irene—. Creo que alguien entró a mi casa. —Dio su nombre y la dirección en voz baja, cuidando cada palabra para que ningún murmullo se escapara.

—Señora Ferreira, quédese en línea e intente mantener la calma —respondió la operadora—. ¿Qué escucha ahora?

Irene guardó silencio y escuchó. Primero, nada. Luego, algo distinto: no un chasquido, no un paso. Un clic suave, y el picaporte comenzó a girar. La puerta del dormitorio se abrió con un leve gemido.

A Irene se le congeló la sangre.

Una luz blanca se deslizó por la habitación, levantando el polvo acumulado entre las maderas. No era una luz cálida, ni irregular como la de una linterna. Era limpia. Constante. Antinatural.

—Señora Ferreira, ¿sigue ahí? —insistió la operadora—. ¿Puede describir lo que está viendo?

Irene apretó el teléfono contra su oreja. Tenía los ojos abiertos, sin parpadear. Lo que se arrastraba al otro lado provocaba un chasquido húmedo, profundo, como de articulaciones rompiéndose y volviéndose a encajar. Se le erizó hasta el último vello del cuerpo.

Con un hilo de voz, susurró:

—No... es... humano.

El silencio al otro lado de la línea fue mínimo, pero a Irene le resultó eterno.

—¿Perdón? ¿Qué acaba de decir?

—No es... humano —repitió con voz temblorosa. Una lágrima cayó por su mejilla sin que se diera cuenta.

—Manténgase en silencio. Una patrulla va en camino. Por favor, no haga ruido.

Irene tiró la puerta del armario hasta cerrarla por completo. Todo se tornó oscuro. Se echó para atrás, pegando su espalda sudorosa al fondo de madera.

—Señora Ferreira, quiero que me escuche con atención. Vamos a ayudarla. Pero primero necesito que me responda con la verdad: ¿se encuentra usted bajo los efectos de algún medicamento o de alguna sustancia ilegal?

Irene bufó y apretó el teléfono contra su pecho. Quiso gritar, pero se contuvo. La luz blanca avanzó arrastrándose por el suelo, se filtró bajo la puerta y le tocó la punta de los dedos. Un hormigueo pulsante le subió por el empeine. Hubo un roce al otro lado. Un contacto leve, curioso. Las bisagras vibraron cerca de su cara y la puerta del armario comenzó a ceder.

No soportó. Dejó caer el teléfono, empujó la madera y corrió con todas sus fuerzas.

Algo en la oscuridad se reacomodó. Dos cuencas negras, brillantes y gelatinosas siguieron el movimiento.

Irene atravesó el dormitorio sin mirar a los costados. Las sábanas le rozaron las piernas. Bajó las escaleras casi de rodillas, tambaleándose, y al intentar afirmarse en la pared perdió el equilibrio. Su cuerpo rodó los últimos escalones y chocó con fuerza contra el suelo.

Se arrastró. Trozos de cerámica se incrustaron en sus brazos y pies. Sintió apenas una serie de pellizcos lejanos. Se incorporó y avanzó dejando huellas rojas en la madera. Se abalanzó contra la puerta y se lanzó a la noche. La brisa húmeda y tibia del trópico la golpeó de frente.

Corrió por el campo, descalza, gritando en medio de la oscuridad, mientras la casa quedaba atrás, iluminada desde el interior por un extraño resplandor.

—¡Por favor! ¡Alguien, ayúdeme!

Corrió fuera del camino, tropezando con los surcos del terreno, resbalando entre los matorrales. El aire le quemaba los pulmones. Varias veces creyó oír una presencia acercándose, pero nunca se atrevió a girar. Solo cuando estuvo suficientemente lejos, se dejó caer y, hundiendo las manos en el barro, lloró. Un llanto torpe y visceral. En medio de la confusión balbuceó el nombre de su padre. Necesitaba que alguien le dijera que todo había terminado.

La luna iluminaba el prado de hierba alta que se extendía tres metros adelante, una pared oscura que reconoció. Se estrujó la nariz. Respiró tres veces, profundas y temblorosas, antes de obligar a su cuerpo a levantarse. Al otro lado del campo había una carretera. Y después, ayuda.

Le costó ponerse de pie. El dolor comenzaba a reclamar su lugar. Un fragmento de cerámica se mantenía incrustado en su hombro derecho, hundido unos centímetros, hinchándole la piel. Lo arrancó. Dejó escapar un aullido que rebotó varias veces entre las copas de los árboles. La sangre brotó tibia. Se apresuró a cubrir la herida con la mano contraria y avanzó.

Por un momento tuvo la sensación de que la hierba la envolvía. Pensó en dejarse caer allí y esperar el amanecer. Pero no se detuvo.

Llegó a la carretera jadeando. Tenía las pantorrillas salpicadas de lodo pegajoso y trozos de hierba adheridos a la piel por debajo de las rodillas. El pavimento, extrañamente helado, la obligó a bajar la mirada. Sus pies habían dejado manchas espesas sobre el asfalto.

Cuando volvió a alzar la vista, una luz se acercaba. No era la intermitencia azul y roja de una patrulla. Era una luz blanca. Perfecta. Silenciosa.

Y descendía directamente sobre su cabeza.